

FERNANDEZ DURO, MARINO

Jesús SALGADO ALBA
Contralmirante

Marino y... zamorano, como quien, con verdadera admiración, profundo respeto y entrañable cariño, escribe estas líneas de homenaje a su figura ejemplar. D. Cesáreo Fernández Duro nació, en efecto, en la muy leal, muy esforzada y muy española ciudad de Zamora el día 23 de febrero de 1830, ciudad donde habían nacido y vivido sus padres y sus abuelos; era, pues, un zamorano linajado de vieja estirpe, un hombre de "tierra adentro". A los quince años de edad, en 1847, ingresa, como aspirante de Marina en el Colegio Naval Militar de San Fernando. ¿Cómo nació en el joven Cesáreo, zamorano por los cuatro costados, la llamada del mar, la vocación marinera?

No lo sabemos a ciencia cierta, pero sabemos que no fue en su ciudad natal, ya que sus padres le habían enviado a estudiar a Madrid desde los diez años y es muy probable que en Madrid encontrase amigos del colegio, tal fue mi caso personal, que, de abolengo marítimo, le transmitiesen su vocación "hacia lo desconocido", que es uno de los más poderosos acicates para cimentar una verdadera vocación; pues de lo que no cabe la menor duda es que Fernández Duro fue un marino de honda y perseverante vocación. Uno de sus más íntimos amigos, marino como él, escritor insigne, como él, y como él académico de la Real Sociedad Geográfica, D. Manuel de Saralegui y Medina, hizo una elocuente alusión a la vocación marinera de Fernández Duro en el discurso necrológico pronunciado en 1909, al año de su fallecimiento, con estas palabras rezumantes del estilo alambicado de la época:

"Nacido el Sr. Fernández Duro en Zamora —declamó con su verbo arrebatado Saralegui en la Real Sociedad Geográfica—. Allí donde no llegan jamás los acariciadores murmullos ni el estridente fragor de los vientos oceánicos, y donde debieran presentarse con semblante pavoroso las imponentes convulsiones del monstruo azul... la misma persistencia y poderosa energía de las espontáneas inclinaciones (de D. Cesáreo), que la arrastraban a vivir y a luchar en elemento extraño, parecen augurio providencial de gloria y fortuna en galardón a un *arranque valeroso realizado por él sin tibiezas ni vacilaciones y en edad harto temprana.*"

No cabe más certero testimonio que éste, de su gran amigo el ferrolano Saralegui, sobre la vocación marinera "sin tibiezas ni vacilaciones" del zamorano quinceañero, quien el día 24 de febrero de 1845 se presentó en el Colegio Naval Militar de San Fernando, recién inaugurado, hoy sede de la

Escuela de Suboficiales de la Armada, para “sentar plaza”, que así se decía entonces, de aspirante de Marina, al director el capitán de navío D. Francisco de Hoyos. Su promoción, la más numerosa y de las más lúcidas del siglo, la forman setenta y cinco muchachos, todos de quince años, entre los que se encuentran apellidos ilustres de la Armada: Bustillo, Sopranis, Pardo de Figueroa, Manterola, Barreda, Alvear, Elizalde, Sanz de Andino, Pasquín, Sánchez Ocaña, Montojo... y el que habría de dar gloria, fama y honor a toda la promoción: Fernández Duro, que en modo alguno era un “intruso” pues su solicitud de ingreso había sido presentada al Ministro de Marina, D. Francisco Armero y Fernández de Peñaranda, primer Marqués de Nervión, nada menos que por el Instituto de España, solicitud firmada, rubricada y sellada, nada menos que por el Muy Eminentísimo Señor el Patriarca de las Indias, su Presidente. No llegaba “descalzo” a la Marina el joven Cesáreo, el linajado zamorano.

Dos años estuvo en el Colegio Naval como aspirante “cursando en aquella escuela —afirma Saralegui— con el aprovechamiento propio de su inteligencia y aplicación, los estudios teóricos de su difícil oficio”, siendo promovido a guardiamarina en enero de 1847, y como tal, fue destinado a embarcar en la fragata “Isabel II”, el buque más lucido, el más discutido y el más revolucionario de nuestra Armada en ese momento, ya que era el primero movido a vapor en las listas de la Marina. Este primer embarque marcó, en cierto modo, el carácter de “oficial científico y progresista” de nuestro héroe, pues en ese momento en nuestra Armada, como en todas las marinas del mundo, se estaba produciendo el cambio histórico de la vela al vapor, lo que estaba provocando una fuerte conmoción entre el personal profesional. Los viejos almirantes y jefes más antiguos se resistían a la radical innovación que daba al traste con todo lo que había sido su vida marinera basada en la complicada y bella maniobra de la vela en los majestuosos navíos de altos palos, recias vergas y fastuosas velas al viento. El “Isabel II” había sido construido en Inglaterra y, naturalmente, toda la descripción de su aparato de propulsión, calderas y ruedas de paletas, estaba redactada en inglés, lo que fue eficazmente aprovechado por el guardiamarina Fernández Duro para iniciarse en este idioma, que, posteriormente, llegó a dominar perfectamente, como también el francés, lo que le permitió, a lo largo de su carrera, desempeñar muy importantes misiones diplomáticas.

Cuando Fernández Duro embarca en el “Isabel II”, España se encontraba en guerra... consigo misma: en la guerra civil entre carlistas y liberales. La Reina, cuyo nombre ostenta la fragata doña Isabel II, tenía diecinueve años y las guerras carlistas llevaban ya quince años desangrando a España. El “Isabel II” se encontraba encuadrado en las llamadas Fuerzas Navales del Cantábrico, cuya misión era el bloqueo de las puertas carlistas de las Vascongadas para impedir el contrabando de armas y proporcionar protección al tráfico marítimo liberal en el Cantábrico. Así, pues, el primer destino de embarque de Fernández Duro fue, también, su primer destino de guerra, como ocurriría en casi todos sus destinos a flote. ¿Cuál sería la primera

impresión de este jovenzuelo zamorano al adentrarse en la mar, en su primera singladura como caballero guardiamarina? Uno de sus más íntimos amigos, amistad que duró toda su vida, el Capitán de navío D. Víctor María Concas, hace una lucida referencia a ello en su discurso de homenaje a Fernández Duro en la misma velada necrológica antes mencionada, señalando “la honda impresión que sufre el alma del adolescente cuando por primera vez se adentra en el océano avanzando hacia ese horizonte que huye siempre delante de nosotros sin alcanzarlo jamás, mientras que por la popa las montañas de la patria se van hundiendo bajo la línea del horizonte que nos sigue, como si no hubiera de volver a ver la tierra cuya historia es nuestro ser, cuyas aspiraciones son la historia que quisiéramos para el porvenir de la patria”. Con este párrafo elocuente Concas nos da a entender que la primera impresión del adolescente Fernández Duro en su primera navegación de altura debió ser, en el fondo, un sentimiento de patriotismo redoblado a ver desaparecer, “bajo la línea del horizonte que nos sigue por la popa”, la tierra que es nuestra patria. Así debió ser, efectivamente, porque, según todas sus biografías la virtud del patriotismo fue, en Fernández Duro, la más descolante entre todas sus muchas virtudes. El hombre de mar, porque su profesión le obliga a vivir ausencias de su patria, suele sentirse con mayor intensidad que quienes nunca se separan de ella.

El segundo destino a bordo del guardiamarina Fernández Duro fue el viejo, el vetusto, el recio y el increíble navío “Soberano”. Un impresionante salto atrás en la historia marítima. El caso resulta alentador. Del buque más moderno, más novedoso, más “sofisticado” que España poseía en aquel momento, la Armada ordena a Fernández Duro, quizá para que no se le “subieran los humos a la cabeza” —los “humos” que salían por la chimenea del “Isabel II”— que embarque en un impresionante navío de tres puentes, que había sido botado en El Ferrol en el año 1758, es decir, que tenía ¡noventa años de edad! y pertenecía a la fabulosa serie de grandes y poderosos navíos construidos por Jorge Juan por orden del Marqués de la Ensenada. Pero a sus noventa años, el “Soberano” tenía aún una extraordinaria vitalidad que el mismo Fernández Duro, en su “Historia de la Marina Española”, ensalza con asombro señalando que llegó, en plena vida operativa, hasta cumplir los noventa y seis años, y a esa edad, en 1854 aguantó, sin inmutarse ni en su arboladura, ni en su jarcia, ni en su velámen, un pavoroso ciclón tropical en aguas del Caribe. En el fabuloso “Soberano”, el guardiamarina Fernández Duro se conformó como hombre de mar tan recio como el navío al que servía. Y del imponente “Soberano” a una airosa y ligera corbeta, la “Villa de Bilbao”, uno de los últimos buques de vela adquiridos por la Armada, en el cual Fernández Duro estuvo poco tiempo embarcado pasando, en 1851 a formar parte de la dotación de un pequeño barquito, un bergantín destacado en el archipiélago de las Filipinas de sugestivo nombre, el “Ligero”, donde iba a alcanzar gloria y fama en victorioso y empeñado combate que merece la pena relatar, con cierto detalle, como lo he hecho antes de ahora.

En la amanecida del día 28 de febrero de 1851, este bergantín de la Armada española, de nombre “Ligero”, navegaba silenciosamente, pegado a la costa y en situación de zafarrancho de combate, por la bahía de Joló, en el archipiélago de las Filipinas. La misión del “Ligero”, y la de los seis barcos que le acompañaban, era tan definida como arriesgada: efectuar un desembarco fulminante sobre la fortaleza que servía de guardia a un grupo de piratas, que durante meses venían atacando salvajemente la navegación entre las islas y asolando sus poblados, haciendo mofa de la bandera española que, en aquel entonces, ondeaba sobre todo el archipiélago.

Entre la treintena escasa de hombres de la dotación del bergantín se encontraba un guardiamarina de veintiún años que, a pesar de su juventud, era ya un veterano hombre de mar.

Este guardiamarina se llamaba Cesáreo Fernández Duro, y en esa misma mañana iba a ganar, en reñido combate, defendiendo a su patria, la Cruz de San Fernando, la que más tarde sería la Laureada, el más preciado galardón con que España premia a sus héroes. El combate fue feroz, pues el grupo de piratas moros se defendió, tras el desembarco español y el asalto cuerpo a cuerpo, ¡hasta sucumbir sin rendirse!. El guardiamarina Fernández Duro se ganó allí la Laureada, entrando así en la Historia por la puerta grande y espada en mano.

De regreso a la Península, con la Cruz de San Fernando luciendo en su pecho fue ascendido a guardiamarina de primera y destinado a su primer destino náutico-científico, la Comisión Hidrográfica de Canarias, en la que sobresalió como competente hombre de ciencia. Ya debieron apuntar — escribe uno de sus más entusiastas biógrafos, el Almirante Guillén— en el fino espíritu de D. Cesáreo inquietudes de erudición y buenas muestras de cultura y talento, por cuanto fue nombrado Miembro de Honor de la Academia de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife, distinción rara a su edad, que confirma la opinión que sus compañeros tenían de su saber cuando afirmaban, aludiendo a su portentosa madurez intelectual que “Fernández Duro no ha sido nunca joven”. Pero en esto se equivocaban, Fernández Duro fue joven en ilusiones toda su vida, aunque jamás un joven irresponsable. Tras una breve estancia en Cerber ya como Alférez de navío, donde fue destacado de urgencia para participar en una de las operaciones de pacificación en la colonia española, el Gobierno deseoso de enriquecer el claustro de profesores del Colegio Naval — escribe Saralegui— “con varones dignos de tan alto objeto se acordó del joven oficial tanto tiempo ausente de la patria y le honró con el cargo que fue diadema de sus pocos años”. El cargo era el de profesor de Navegación, componiendo, basado en las obras de otro gran sabio marino anterior a él, D. Gabriel de Ciscar, el famoso “Tratado de Cosmografía”, que fue obra en la que estudiaron muchas promociones de guardiamarinas de la época. Dos años y medio permaneció Fernández Duro en el Colegio Naval, siendo ascendido a teniente de navío en julio de 1859, con veintinueve años de edad y doce de servicios, de los cuales diez embarcado

en buques, como hemos visto, empeñado en acciones de guerra. Pero aún no se había cumplido el gran anhelo, el profundo deseo y el ansia de alusión que Fernández Duro esperaba para satisfacer plenamente su intensa vocación de oficial de Marina, el anhelo y la ilusión que todos los que tenemos este honroso oficio hemos sentido siempre a lo largo de nuestra carrera: mandar un barco, deseo que Fernández Duro consiguió ver hecho realidad tan pronto como alcanzó los galones de teniente de navío al ser nombrado comandante de uno de los barcos más apetecidos por los jóvenes oficiales de su tiempo: el vapor transporte de guerra “Ferrol”, en que se daban tres circunstancias que hacían enormemente atractivo su mando: el ser de moderna construcción, pues había sido construido ese mismo año de 1859 en Inglaterra; el ser un barco de hélice ya sin aparejo vélico ninguno con un porte de mil quinientas toneladas, y sobre todo el ser un barco que estaba operativo al ciento por ciento, ya que fue adquirido para combatir en la Guerra de Africa de 1860, que constituyó una verdadera “guerra relámpago”, según juicio del Capitán de Navío Manera Regueira pues se declaró por el Gobierno español, presidido por el general O’Donnell, el 22 de octubre de 1859, ante las agresiones constantes de los marroquíes a las plazas de Ceuta y Melilla, firmándose la paz con Marruecos, victoriosa para España, el 26 de marzo de 1860. En las operaciones navales que apoyaron la acción de las fuerzas del Ejército y de Infantería de Marina en tierra, que culminaron en la famosa batalla de Castillejos, el vapor de guerra “Ferrol”, bajo el mando de Fernández Duro, realizó misiones de desembarco, de apoyo, de fuego y de abastecimiento logístico en zona de combate con notable precisión y éxito, permaneciendo en la mar la mayor parte del tiempo, lo que le valió la concesión, por méritos de guerra, de una segunda destacada condecoración, la Diadema Real de Marina, que venía a ser lo que hoy es la Medalla Naval.

Y es aquí, en estos dos años de mando en campaña, donde se produce lo increíble, lo verdaderamente asombroso, en la ejecutoria de D. Cesáreo Fernández Duro, pues al mismo tiempo en que manda un buque de guerra operando continuamente en zona de combate y ganando una de las más preciadas condecorativas navales de campaña, escribe, de su puño y letra, una de las obras más prestigiosas de su monumental producción y que más tarde le serviría para prestar, como marino-diplomático y como hábil negociador, un gran servicio a su patria. La obra se llama “Memoria sobre el puerto, ciudad y fortificaciones de Mogador”.

Cierto que D. Cesáreo, cuando escribió a bordo del buque de su mando esta obra, no era un principiante en la ciencia y el arte de escribir libros de mérito y enjundia, pues en ese momento ya había publicado nada menos que dieciséis obras, entre libros, tratados, informes, etc., que le habían proporcionado, a la edad de treinta y dos años, justa y merecida fama como hombre de pluma, que se añadía a la conquista de a bordo de los barcos en combate como hombre de espada.

Y como hombre de espada, al finalizar la guerra de Africa recibe, proba-

blemente por sus méritos en campaña, una especie de curioso “ascenso”, ya que siendo, como era, teniente de navío se le nombra, no se sabe a ciencia cierta en virtud de qué procedimiento administrativo, comandante de infantería, de tal suerte que en Fernández Duro se dio, curiosamente, el caso de ser un “oficial de doble capacidad, marino y terrestre, es decir, de lo que hoy diríamos capacidad conjunta”.

De la Guerra de Africa, Fernández Duro, al mando de un buque, el “Ferrol”, pasa a tomar parte en otro conflicto armado de los que con tanta profusión se le presentaron a España en el atormentado siglo XIX: la intervención en México. Como es bien sabido la situación caótica que padecía la nación mexicana en los años 1855 al 60, obligó a España, Francia e Inglaterra a enviar una expedición conjunta a ese fraterno país para tratar de poner paz en sus feroces luchas intestinas y defender los intereses de las tres naciones en aquellas tierras y mares. La expedición española fue al mando del General Prim, el vencedor de Castillejos, y se componía de una “fuerza de desembarco” que diríamos hoy de 7.000 hombres que fueron embarcados en una “fuerza naval anfibia” constituida por diez transportes de fuerza de vapor, seis fragatas transporte a vela y una “fuerza de escolta” de seis magníficas fragatas de vapor. Uno de los “transportes de ataque” era precisamente el buque de Fernández Duro, el “Ferrol”, que participó, con notable acierto, en la romántica aventura aureolada por la figura de Maximiliano de Austria.

Finalizada con éxito la intervención española en México, Fernández Duro es nombrado secretario del Comandante General de la Escuadra de Operaciones en las Antillas, el almirante Rubalcaba, que se había fijado en él como experto oficial conocedor de los problemas de la zona, comenzando con ello una nueva etapa en la vida militar de D. Cesáreo, que, a partir de entonces va a actuar como verdadero “oficial de Estado Mayor Conjunto” que diríamos hoy, en el corazón de las Antillas, en la isla de Cuba donde ya en esa época, 1862, comenzaban los serios problemas secesionistas. Tras una breve estancia en el Ministerio de Marina, siendo ya capitán de corbeta, vuelve a Cuba y es nombrado Secretario General del Gobierno de la isla, bajo las órdenes directas del discutido general Caballero de Rodas.

A partir de este momento, año 1869, con casi cuarenta años de edad y veinticinco de grandes servicios en la Armada ostentando el grado de capitán de fragata, cesa su actividad en la Marina de Guerra, trocándola, obligado por las circunstancias, por la de oficial del Ejército, pues, aunque hoy nos parezca increíble, esas cosas ocurrían en el desbarajuste orgánico-militar de nuestro desquiciado siglo XIX. No está claro como se produjo este “trasvase” de situación militar en la carrera de Fernández Duro y quizá en la de otras marinas de la época, pero lo cierto es que el que había llegado como capitán de fragata a Cuba para desempeñar el muy destacado y delicado cargo de Secretario General del Gobierno, D. Cesáreo Fernández Duro, toma el mando de tropas del Ejército y acompaña al general Caba-

llero de Rodas en las acciones bélicas de Camagüey, Matanzas y Cárdenas frente a los insurrectos del famoso “grito de Yara”.

Por los méritos de guerra contraídos en esa campaña, Fernández Duro es nombrado coronel del Ejército, sin dejar de ser, por supuesto, capitán de fragata de la Armada.

En esta curiosa y confusa situación, en el año 1875, contando nuestro personaje cuarenta y cinco años de edad, en pleno desbarajuste nacional creado por la primera República Federal en España, con la subsiguiente revolución cantonal y una nueva fuerza carlista en el norte, se produce uno de tantos y tan arbitrarios “reajustes de escalas” en la Marina en virtud del cual el coronel del Ejército y capitán de fragata D. Cesáreo Fernández Duro es pasado a la reserva con el grado de Capitán de navío, con lo cual, en realidad, se trunca injustamente su carrera, su brillante carrera naval imposibilitándole su ascenso al almirantazgo.

Pero Fernández Duro, a pesar de ello, no cesa de seguir prestando servicios a la Armada, pues D. Alfonso XII, recién proclamado Rey de España, llama a Fernández Duro, cuya fama le era conocida, para nombrarle su ayudante y como tal acompañó al monarca en sus desplazamientos hacia el frente norte donde aún se combatía en la fuerza carlista. Dos años más tarde, en 1877, el capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro cesa como ayudante de S. M. el Rey, pasando a la situación de retiro, con lo que finaliza su vida profesional como marino militar, dejando reposar la espada, pero no la pluma, con la que sigue prestando constantes y muy esforzados servicios a la Armada con una incansable actividad científica, historiadora, diplomática y cultural sobre la cual el lector encontrará cumplida información en los artículos que acompañan a este modesto pero ilusionado trabajo, en este volumen especial de la “Revista de Historia Naval”.

Hemos visto a grandes rasgos una escueta semblanza de la grandiosa figura del capitán de navío Fernández Duro como marino de profunda vocación, de valor repetidamente acreditado en los campos de batalla, tanto navales como terrestres, y de incansable actividad científica e historiográfica. Como marino vivió toda su vida y como marino murió siendo amortajado, por propio deseo, con el uniforme de gala de su grado y cuerpo.

Para terminar estas breves, pero ilusionadas líneas, he de recordar una vez más que la Armada, a la que Fernández Duro dedicó todos los esfuerzos de su vida, tiene con él una deuda que, aunque unánimemente reconocida, aún no ha sido pagada, pues, aunque parezca increíble, el hombre que escribió con tanto acierto, con tanta extensión y con tanto cariño y desvelo sobre la Historia de la Marina, sobre la Historia de la patria chica, Zamora, y sobre la Historia de su patria grande, España, carece de historia escrita sobre su vida y su obra. No existe ninguna biografía completa de Fernández Duro. Nadie se ha ocupado de escribirla. Recientemente se han iniciado algunos proyectos para rellenar este vacío aunando posibles esfuerzos de la Marina y de la ciudad de Zamora con el fin de patrocinar una posible tesis

doctoral sobre la vida y obra de Fernández Duro, proyectos que se encuentran, en este momento, en espera de decisiones superiores. Mucho sería de desear que esos ilusionados proyectos, en cuya formulación me ha cabido el honor de participar, se hagan realidad mediante la voluntad generosa de quienes en la Armada y en Zamora cuentan con la autoridad para ello.